

Antología de textos clásicos

El engaño de Prometeo y la aparición de la primera mujer: Pandora

- Ocurrió el día en que se fijaron las diferencias entre los hombres y los dioses en Meconia. Prometeo troceó un gran buey con ánimo decidido y, tratando de engañar a Zeus, preparó dos lotes: colocó, en un lado, la carne y las sabrosas vísceras con la grasa, escondiéndolas en el vientre del buey y, en otro, dispuso con hábil astucia los blancos huesos del buey, envueltos de forma atractiva y cubiertos de brillante grasa. Entonces el padre de los dioses y hombres le dijo: «Hijo de Jápeto, el más notable de todos los dioses, amigo mío, con qué parcialidad has hecho los lotes!». Así habló en tono de burla Zeus, conocedor de inmortales designios, y a él le contestó Prometeo, de retorcidos pensamientos, con una ligera sonrisa y sin olvidarse de su engañosa astucia: «¡Zeus, el más glorioso y el más grande de los dioses sempiternos! Escoge de estos dos lotes el que el corazón en tu pecho te indique elegir!». Habló ciertamente con falsas intenciones, y Zeus, conocedor de inmortales designios, se dio cuenta y no le pasó desapercibido el engaño; pero preveía en su ánimo las desgracias que aguardaban a los hombres mortales y que se iban a cumplir.

Cogió con sus dos manos la blanca grasa. La rabia se apoderó de sus entrañas y la cólera inundó su corazón cuando vio los blancos huesos del buey escondidos entre la grasa con hábil astucia. Desde ese momento, las tribus de los hombres sobre la tierra queman en honor de los dioses inmortales los blancos huesos en los olorosos altares. Zeus, muy encolerizado y teniendo, desde entonces, siempre presente este engaño, se negó a dar a los fresnos la fuerza ardiente del infatigable fuego para beneficio de los hombres mortales que habitan sobre la tierra. Pero el valiente hijo de Jápeto lo burló y robó el fuego, ocultándolo en el interior de un tallo de caña. Se irritó profundamente el corazón de Zeus, que truena en lo alto, cuando vio brillar desde lejos la llama del fuego entre los hombres. Y Zeus, que amontona las nubes, terriblemente indignado, le dijo a Prometeo: «¡Japetónida!, estás contento porque me has robado el fuego y has logrado engañarme, lo que será una gran desgracia para ti y para los mortales, pues, como contrapartida del fuego, les enviaré un mal que a todos alegrará y que acogerán con cariño, acariciando su propia desgracia».

Después de decir esto, el padre de hombres y dioses soltó una enorme carcajada; ordenó a Hefesto mezclar en seguida tierra con agua, infundirle voz y vida humana y modelar la imagen hermosa y atractiva de una joven, de rostro semejante a las diosas inmortales. La diosa Atenea de ojos de lechuza le dio un cinturón y una túnica de resplandeciente blancura, y la envolvió de la cabeza a los pies con un maravilloso velo, bordado con sus propias manos; y adornó sus sienes con deliciosas coronas de fresca hierba trenzada con flores. Hefesto, para complacer a Zeus, colocó en su cabeza una diadema de oro que cinceló con sus propias manos. Zeus también encargó a Atenea que le enseñara el arte del tejido y las labores de finos encajes; a la áurea Afrodita le pidió que derramara sobre su cabeza la gracia, la irresistible sensualidad y los halagos cautivadores; y a Hermes le encargó que le proporcionara un ánimo cínico y un carácter voluble [...]; el mensajero de los dioses le infundió también habla y dio a esta mujer el nombre de Pandora porque todos los dioses que habitan las mansiones olímpicas le concedieron un regalo a esta perdición para los varones que se alimentan de pan.

[...] Después, una vez fabricado este bello mal, contrapartida de un bien, la sacó a la luz y la llevó al lugar donde estaban los demás dioses y los hombres [...] y la admiración se apoderó de ellos cuando contemplaron el espinoso engaño, irresistible para los hombres. De ella, en efecto, proviene la funesta raza de las femeninas mujeres, gran calamidad para los mortales, pues con los varones habitan sin aceptar la funesta penuria, sino buscando la abundancia y el hartazgo.

Hesíodo, *Teogonía*, 535 y ss.

El regalo de Epimeteo

- Después de que Zeus concluyó su espinoso e irresistible engaño, ordenó a Hermes que le llevara este regalo de los dioses a Epimeteo. Este se olvidó de que Prometeo le había advertido que no recibiera nunca un regalo procedente de Zeus Olímpico, sino que lo devolviera inmediatamente para evitar que una desgracia cayera sobre los mortales. Una vez que lo aceptó, Epimeteo se dio cuenta de ello, cuando ya era desgraciado. En efecto, antes vivían sobre la tierra las tribus de hombres libres de males y sin conocer la dura fatiga y las enfermedades que traen la muerte. Pero la mujer retiró con sus manos la gran tapa de la tinaja y dio lugar a que estas se esparcieran, y causaran a los hombres lamentables inquietudes. Solo se quedó allí dentro la esperanza aprisionada entre las irrompibles paredes de la tinaja, y no pudo volar hacia la boca, antes de que se cerrara la tapa de la tinaja por designio de Zeus.

Hesíodo, *Trabajos y días*, 42 y ss.

La creación del hombre a partir del barro

- Faltaba todavía un ser vivo más respetable que estos y más dotado de profundo pensamiento y que fuera capaz de dominar sobre los demás: nació el hombre, bien porque lo creó con semilla divina aquel artífice de la naturaleza, origen de un mundo mejor, bien porque la tierra recién creada y separada poco ha del alto éter retenía semillas de su pariente el cielo; a esta el hijo de Jápeto la modeló mezclada con las aguas de lluvia a imagen de los dioses que todo lo gobiernan, y, dado que los restantes seres vivos contemplan la tierra inclinados, le concedió al hombre una cara alta y le ordenó mirar al cielo y alzar su rostro erguido en dirección a los astros. De este modo, la tierra que hacía poco había sido tosca y sin forma, transformada se vistió de desconocidas figuras de hombres.